

ENSAYOS

Los Ultimos Instantes de Pedro Henríquez Ureña

Pedro Henríquez Ureña, el gran humanista y maestro que nació, hace un poco más de cien años, el 29 de junio de 1884, tuvo una muerte fiel, cónsona con su vocación de maestro. He aquí tres testimonios de esa muerte gloriosa. El primero es de su hermano Max Henríquez, y viene en el Prólogo de la Antología que hiciera de los escritos del egregio humanista para la Librería Dominicana, que tituló "Hermano y Maestro;" el segundo es del profesor Augusto Cortina Aravena, inserto en su trabajo "Como murió don Pedro Henríquez Ureña," de "El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña," recopilación y prólogo de Julio Jaime Julia y el tercero de esa cumbre del pensamiento americano que es el argentino Jorge Luis Borges.

Hermano y Maestro (Conclusión).

Estuve junto a él en Buenos Aires, a donde fuí como representante diplomático en 1934 y 1935; y allí nos volvimos a ver a fines de 1936, cuando concurrí a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz. Pasaron después nueve años. Cuando al cabo de ellos volvimos a reunirnos en Buenos Aires, a donde llegué como Embajador a fines de 1945, no pude sospechar que a la vuelta de unos cuantos meses habíamos de separarnos para siempre.

Pedro parecía lleno de salud y vigor. Era uno de los directores técnicos, y accionista además, de la Editorial Losada,

donde, aparte de otras actividades, tenía a su cargo la útil y valiosa colección de *Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal*, cuidadosamente escogidas, ordenadas y prologadas por él. En esa colección habían aparecido ya alrededor de cuarenta volúmenes. En sus cátedras y en el Instituto de Filología rendía una labor intensa y fecunda, y sus discípulos lo admiraban y lo querían; formaba parte del jurado del "Club del mejor libro del mes"; asistía a los salones literarios, y su propia casa era un centro de animada vida intelectual.

Estaba escribiendo una nueva obra: *Historia de la cultura en América*, que terminó tres días antes de que lo sorprendiera la muerte.

Estábamos ya en 1946. En una mañana de mayo se dirigió Pedro a la editorial, según costumbre, atendió allí diversos asuntos; y cuando el presidente de la empresa, Gonzalo Losada, lo apremió para que lo acompañara a un almuerzo que la propia editorial ofrecía ese día a distinguidos visitantes extranjeros, se excusó alegando que no debía faltar a su cátedra en La Plata, ya que la víspera le había sido imposible ir por encontrarse algo indispuerto. Apresuradamente se encaminó a la estación del ferrocarril que había de conducirlo a La Plata. Llegó al andén cuando el tren arrancaba y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Un compañero, el profesor Cortina, le hizo seña de que había a su lado un puesto vacío. Cuando iba a ocuparlo, se desplomó sobre el asiento. Inquieto Cortina al oír su respiración afanosa, lo sacudió preguntándole qué le ocurría. Al no obtener respuesta dió la voz de alarma. Un profesor de medicina que iba en el tren lo examinó y, con gesto de impotencia, diagnosticó la muerte.

Así murió Pedro: camino de su cátedra, siempre en función de maestro.

Max Henríquez Ureña; Ginebra, 1950.

Como murió don Pedro Henríquez Ureña

(fragmento final)

Henríquez Ureña había tenido grandes preocupaciones. Un cuñado suyo “hombre de izquierda” — de alguna manera tengo que decirlo,— activista de renombre mundial, acababa de morir; el Director del Instituto de Filología de Buenos Aires, muy su amigo, aunque nunca le dió el primer lugar que le correspondía, huyó del país algo más tarde, después de una prisión breve e injustificada sin duda, pero con abundancia de pulgas y de malos tratos. (Recuerdo que el simpático y mosqueteril Alfredo Palacios comentó con severas y aún sexuales palabras tal deserción).

Don Pedro estaba muerto. Se detuvo el tren y sacaron el cadáver por una de las ventanillas. Los dos faltamos, pues, a las clases que debíamos explicar en La Plata, donde se supo en el acto la causa de nuestras ausencias. Y nos llevaron al Hospital Fiorito, de Avellaneda.

¿A dónde llamar? ¿A su casa? ¡De ninguna manera! Hacía pocas noches que mi mujer y yo habíamos comido donde los Henríquez Ureña con su encantadora y bella esposa y con Marcos Victoria y su mujer. Quise evitar el golpe tremendo.

Llamé entonces por teléfono a casa del embajador Max Henríquez Ureña, hermano de don Pedro. Almorzaba con invitados. Insistí y me atendió.

—Le hablo -dije- por algo relacionado con su hermano
Ignoro lo que alcancé a balbucear y él me abarajó de improviso:

—Ha muerto — exclamó.

Poco después llegaron al Hospital, él, la esposa de don Pedro, sus dos hijas y dos jovencitos que las acompañaban.

Iba yo a dirigirme a la señora pero no me dió tiempo. Atraída por una fuerza superior, corrió cruzando el patio hacia la sala donde estaba el cadáver de su marido.

Se abrió la puerta. Yacía don Pedro sobre una mesa de mármol y conservaba puesto su sobretodo negro. Aún resuena en mis oídos el grito que lanzó una de sus hijas.

La dolorosa nueva llegó en el acto —como he dicho— a la Facultad de Humanidades y al Colegio Nacional de la Universidad de la Plata, donde esperaban a don Pedro.

El se había iniciado en la Facultad con unas lecciones magníficas sobre las epopeyas (germánica, francesa y castellana); en el Colegio Nacional con modernas y certeras clases de gramática. Poco después él y Amado Alonso publicaron sus dos tomos renovadores y únicos de la *Gramática castellana*, que la ignorancia y la desidia han conseguido soslayar.

Don Pedro había venido al colegio en condiciones ventajosas. Lo nombraron haciendo honor a sus méritos. ¿A qué recordar que tuvo que sufrir, desde el principio, algunas molestias? Su color algo oscuro, su manera parsimoniosa de caminar, su sonrisa entre tímida y desdeñosa y, sobre todo, su sapiencia, su polifacética y honda sapiencia. Era hombre de dimensión americana, y hubo perrillos, suburbanos que ladraban a la luna. Nuestra relación llegó desde una inicial falta de simpatía (de mi parte) hasta una devota amistad, a medida que iba yo conociendo su actitud generosa; brindaba siempre todo su saber.

En el Hospital me entregaron algunas cositas que habían quedado en un bolsillo de don Pedro (un lápiz, un pequeño peine, etc.). La familia se había llevado el portafolios con los "deberes" inconclusamente corregidos. El hermano de don Pedro, abismado en sus preocupaciones ni me había dado las gracias ni se había despedido de mí.

Le mandé una encomienda postal, fingiéndole que había recibido una carta suya en que me agradecía mis atenciones, carta que, por otra parte, era absolutamente innecesaria. El me contestó que me agradecía los objetos que le habían hecho

llegar y que me *reiteraba* la expresión de gratitud.

Augusto Cortina Aravena.

El Sueño de Pedro Henríquez Ureña

El sueño que Pedro Henríquez Ureña tuvo en el alba de uno de los días de 1946 curiosamente no constaba de imágenes sino de pausadas palabras. La voz que las decía no era la suya pero se parecía a la suya. El tono, pese a las posibilidades patéticas que el tema permitía, era impersonal y común. Durante el sueño, que fue breve, Pedro sabía que estaba durmiendo en su cuarto y que su mujer estaba a su lado. En la obscuridad el sueño le dijo:

Hará unas cuantas noches, en una esquina de la calle Córdoba, discutiste con Borges la invocación del Anónimo Sevillano *Oh Muerte, ven callada como sueles venir en la saeta*. Sospecharon que era el eco deliberado de algún texto latino, ya que esas traslaciones correspondían a los hábitos de una época, del todo ajena a nuestro concepto del plagio, sin duda menos literario que comercial, Lo que no sospecharon, lo que no podía sospechar, es que el diálogo era profético. Dentro de unas horas, te apresurarás, por el último andén de Constitución, para dictar tu clase en la Universidad de La Plata. Alcanzarás el tren, pondrás la cartera en la red y te acomodará en tu asiento, junto a la ventanilla. Alguien, cuyo nombre no sé pero cuya cara estoy viendo, te dirigirá unas palabras. No le contestarás, porque estarás muerto. Ya te habrás despedido como siempre de tu mujer y de tus hijas. No recordarás este sueño porque tu olvido es necesario para que se cumplan los hechos.

Jorge Luis Borges